



«Cuida de él» (Lc 10, 35). Buenos samaritanos en el camino

Jornada de Responsabilidad en el Tráfico

Subsidio litúrgico
para el celebrante

XIV Domingo del tiempo ordinario

Domingo, 4 de julio de 2021



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Vienen con alegría (CLN, 728) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sal 47, 10-11):

Oh, Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo; como tu nombre, oh, Dios, tu alabanza llega al confín de la tierra. Tu diestra está llena de justicia.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia de nuestro Señor Jesucristo,
el amor del Padre
y la comunión del Espíritu Santo
estén con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la Jornada:

Bienvenidos, hermanos, a esta celebración eucarística. Hoy, en este domingo XIV del tiempo ordinario, celebramos la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico y hacemos memoria de san Cristóbal, patrono de los conductores, cuya festividad litúrgica será el próximo día 10 de julio.

En nuestra comunidad parroquial, como en la sociedad, aparte de peatones la mayoría de nosotros somos también conductores.

«“Cuida de él” (Lc 10, 35). Buenos samaritanos en el camino» es el lema de este año, con el cual se nos invita a cada uno de nosotros a socorrer en el camino al que lo necesite, porque ese es mi prójimo.

Cuidar del prójimo, cuando voy en un vehículo como conductor, lo mejor que puedo hacer es conducir con responsabilidad y en debidas condiciones, sin olvidar tampoco el máximo respeto a las normas de tráfico.

En esta eucaristía queremos tener muy presentes a los transportistas, que tanto nos han ayudado durante el confinamiento, y a todos los conductores, para que, por la intercesión de la Virgen de la Prudencia y de san Cristóbal, sean buenos samaritanos en el camino y eviten toda clase de accidentes.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, que habitas en el cielo: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

**Tú, el hijo del carpintero, el Hijo de Dios, nacido de María:
Cristo, ten piedad.**

R̄. Cristo, ten piedad.

**Tú, la fuerza que nos ayuda en nuestra debilidad: Señor, ten
piedad.**

R̄. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

R̄. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios, que en la humillación de tu Hijo
levantaste a la humanidad caída,
concede a tus fieles una santa alegría,
para que disfruten del gozo eterno
los que liberaste de la esclavitud del pecado.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

℟. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

NOTAS PARA LA HOMILÍA

«Y recorría los pueblos de alrededor enseñando».

«Saliendo de allí se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos» (Mc 6, 1). Así comienza el evangelio de hoy. Jesús yendo con sus discípulos de camino hacia Nazaret, donde era conocido como el carpintero, el hijo de María.

El evangelio termina: «Y recorría los pueblos de alrededor enseñando» (Mc 6, 6).

En ambos casos vemos a Jesús en camino; podemos decir que Jesús es el hombre de la movilidad. Pero, ¿dónde va? ¿Para qué va?

Vuelve a Nazaret, el pueblo que le ha visto crecer y hacerse un hombre; en él tiene bastante parte de la familia y amigos. Cuando llega a Nazaret, debido a sus milagros y buen hablar, ya le ha precedido una gran fama y popularidad. La gente le sigue con entusiasmo, e incluso lo acompañan sus discípulos. La llegada de Jesús a su pueblo no pasa desapercibida. El sábado, según era su costumbre, va a la sinagoga, y esta vez para enseñar. Sus paisanos quedan admirados por la autoridad y la forma de enseñar que tiene, pero, al mismo tiempo, se escandalizan.

Creen conocer muy bien a Jesús, el carpintero de Nazaret, el hijo de María y de José, y a toda su familia que habita en el pueblo, y no logran entender de dónde le viene esa sabiduría ni quién le ha enseñado tanto. Tampoco encuentran respuesta que explique los milagros de sus manos; de ahí que todo ello les resulte escandaloso.

Por lo que vemos, la llegada de Jesús a su pueblo no causó ningún entusiasmo. ¿Envidia de que el humilde carpintero hijo de María esté llegando tan alto? ¿Envidia de que Jesús arrastre masas y obre milagros? Seguramente que un poco de todo.

San Marcos revela el dolor de Cristo ante un recibimiento tan frío en su propio pueblo: «Y se admiraba de su falta de fe» (*Mc 6, 6*), lo que impidió a Jesús obrar milagros entre su gente. Es en este contexto que Jesús, con pena, dice: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa» (*Mc 6, 4*).

La situación que la primera lectura nos presenta del profeta Zacarías no es mejor. Sabe que se está dirigiendo a un pueblo rebelde, testarudo y obstinado y, no obstante, el Espíritu del Señor entró en él, le puso en pie y lo envió para anunciarles cuanto el Señor desea: «Te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, reconocerán que hubo un profeta en medio de ellos» (*Ez 2, 5*).

San Pablo, después de haber escuchado las palabras del Señor «te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (*2 Cor 12, 9*)

vive contento en medio de los insultos, privaciones, persecuciones y dificultades sufridas por Cristo, encontrando en ellas su fuerza.

Jesús sigue entre nosotros. Su palabra de vida eterna sigue resonando en nuestra sociedad, aunque nos tapemos los oídos y apelemos a nuestro derecho de una sociedad laica.

El Señor nos deja libres. Propone, no impone. Tiene mucho más respeto a nuestra libertad que nosotros mismos, pero solo el desconocimiento de Jesús como el Buen Samaritano que se acerca a mí para curarme las heridas con el bálsamo del amor puede provocarme miedo, y, peor aún, llevarme, incluso, a rechazarlo.

Hoy, primer domingo de julio, celebramos la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico.

Al inicio de las vacaciones masivas del verano y de la fiesta de san Cristóbal, patrono de los conductores y transportistas, la Iglesia nos propone esta Jornada para que tomemos conciencia de nuestra responsabilidad, personal y colectiva, a la hora de hacer uso de las calles y carreteras, como peatones o como conductores.

«Jesús se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos» (*Mc 6, 1*). Qué ilusión habrá puesto en el viaje. Iba a ver a su madre y a estar con sus amigos y paisanos. La misma ilusión y alegría que ponemos nosotros cuando, con la familia, nos vamos al pueblo o a la ciudad para visitar a la familia, o simplemente a descansar y a pasar un día feliz. Pero, ¿cuántas veces, debido a un descuido o imprudencia, el viaje ha terminado en tragedia?

El lema de la Jornada de este año 2021 es: «“Cuida de él” (*Lc 10, 35*). Buenos samaritanos en el camino».

La Iglesia nos pide que, así como Jesús es Buen Samaritano para mí, así también lo debo ser yo para los demás. No podemos pasar de largo y dejar a nuestro hermano tirado al borde del camino. Debo cuidar de él según sus necesidades y mis posibilidades. Lo que no puedo ni debo es pasar de largo sin hacer lo que pueda por mi prójimo.

Cuando vemos en los medios de comunicación que en un accidente de tráfico ha muerto toda una familia, se nos llena el alma de tristeza y de pena; pero, aparte de rezar por su eterno descanso, poco más podemos hacer por ellos. Por eso, si viajando solos nosotros en el vehículo debemos conducir con sumo cuidado y atención a los posibles peligros de la carretera, cuánto más si los que van conmigo son mis hijos y mis seres queridos.

Ahora estamos a tiempo. Ahora es el momento de tomar en serio toda mi responsabilidad de conductor para “cuidar” y proteger de todo peligro a mi familia y a mi prójimo como a mí mismo. Conduciendo bien y con responsabilidad como cristianos, ejerciendo las virtudes teologales y cardinales, la carretera puede llegar a ser camino de santidad.

Tomemos todas las precauciones posibles y, como Jesús, vayamos gozosos a nuestros pueblos o ciudades de vacaciones, según las autoridades lo permitan, debido a la pandemia. Pasémoslo bien, pero no olvidemos de cuidar al que lo necesite ni de ser buenos samaritanos en el camino sabiendo bien que vale mucho más prevenir que curar.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Señor. Nuestros ojos están fijos en él, esperando misericordia.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

— Por todos los conductores que hoy, en la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico, celebran a su patrón san Cristóbal; para que, como él, sean buenos samaritanos en la carretera y les guíe siempre la prudencia y la caridad. Roguemos al Señor.

— Por todas las personas que en estos días de verano salen gozosos de vacaciones, para que el aprecio por la vida, propia y ajena, les ayude a ser responsables en la conducción y buenos samaritanos para todos. Roguemos al Señor.

— Por los transportistas y conductores, que en el confinamiento fueron nuestros buenos samaritanos cuidando de nosotros, por los que investigan en los laboratorios de seguridad vial, por las autoescuelas y por cuantos velan por nuestra seguridad; para que ayuden a todos a una conducción humana, responsable y segura. Roguemos al Señor.

— Por todos los que han sufrido algún accidente de tráfico. Por los buenos samaritanos que los han cuidado. Por sus familias. Para que Dios les ayude a sobrellevar su situación y les conceda incorporarse nuevamente a los quehaceres de cada día. Roguemos al Señor.

— Por el eterno descanso de todos nuestros hermanos difuntos, principalmente por los fallecidos en accidente de tráfico y COVID-19; para que el Señor, Padre misericordioso, les conceda su Reino y a los familiares el consuelo. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

**SEÑOR, Dios nuestro,
Shaznos dóciles a tu Palabra
y escucha nuestras súplicas.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Comiendo del mismo pan (CLN, O 27) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**COLMADOS de tan grandes bienes,
Concédenos, Señor,
alcanzar los dones de la salvación
y no cesar nunca en tu alabanza.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios todopoderoso os bendiga con su misericordia
y os llene de la sabiduría eterna.**

Rx. Amén.

**Él aumente en vosotros la fe
y os dé la perseverancia en el bien obrar.**

Rx. Amén.

**Atraiga hacia sí vuestros pasos
y os muestre el camino del amor y de la paz.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

[Hemos celebrado la eucaristía, donde sentados a la mesa con Jesús, nos hemos sentido hermanos y amigos. Salgamos contentos a la calle a cumplir con nuestras obligaciones. Que el Señor bendiga nuestros vehículos, y cuando los usemos, por trabajo, necesidad o descanso, no olvidemos ser, para todos, buenos samaritanos.]

Podéis ir en paz.

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

RITO DE LA BENDICIÓN DE VEHÍCULOS DESPUÉS DE LA MISA

El sacerdote, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

R̄. Que hizo el cielo y la tierra.

MONICIÓN

Cristo, el Hijo de Dios, vino al mundo para reunir a los dispersos. Por consiguiente, todo aquello que contribuye a que los hombres se unan entre sí es conforme a los designios de Dios, ya que la construcción de nuevas vías de comunicación y el progreso técnico en los transportes acortan las distancias existentes y suprimen la separación que existe entre los pueblos a causa de las montañas o los

mares. Pidamos al Señor que por la intercesión de nuestra Señora del Camino y de san Cristóbal, bendiga estos medios de transporte y proteja con su ayuda a los usuarios.

El sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Después, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

DIOS todopoderoso, creador del cielo y la tierra,
que, en tu gran sabiduría,
encomendaste al hombre hacer cosas grandes y bellas,
te pedimos por los que usen estos vehículos:
que recorran su camino con precaución y seguridad,
eviten toda imprudencia peligrosa para los otros,
y, tanto si viajan por placer, por trabajo o por necesidad,
experimenten siempre la compañía de Cristo,

Junta las manos.

que vive y reina contigo por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Después de la oración de bendición, según las circunstancias, el sacerdote rocía con agua bendita los vehículos y a los asistentes, mientras se entona un canto adecuado.

El sacerdote concluye el rito diciendo:

**El Señor os guíe en vuestros desplazamientos,
para que hagáis en paz vuestro camino
y lleguéis a la vida eterna.**

℟. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

℟. Amén.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española